

Anna; pero no por eso dejo de reconocer los méritos que como soldado había contraído hasta entonces.

Por desgracia, y siempre ateniéndome á mi juicio, que es pobre, pero que es el único de que puedo disponer, Comonfort en esta campaña no cumplió con su deber.—El 29 de Abril comunicó González Ortega á Comonfort que ya no tenía víveres, y que obedeciendo á una necesidad imperiosa había resuelto romper el sitio, lo que verificaría arrollando dos campamentos del enemigo, contando para ello con la fuerza suficiente.

«Espero por lo mismo, añadía, que Ud. situará sus fuerzas convenientemente el día 2 del entrante para que á la madrugada del día 3 pueda Ud. quedar situado en la margen derecha del río Atoyac, amagando pasar por el vado de la Noria y de Agua Azul, apoyando su izquierda en el camino de Cholula. Este movimiento puede darnos por resultado aun la derrota del ejército francés. No le doy á Ud. más pormenores porque temo que este pliego caiga en poder del enemigo. Los ataques voy á dárselos por puntos por donde ni remotamente los espera.»

Comonfort *debió obedecer*, según se lo tenía ordenado terminantemente el Gobierno. Pero no lo hizo así, faltando de una manera flagrante á su deber como soldado. No tenía facultad para discutir el plan, ni para modificarlo. En vez de obrar como se le mandó, pidió instrucciones á Juárez, en carta reservada, fechada el 29, haciéndole reflexiones encaminadas á probar que era preferible que Puebla sucumbiese y que se salvase el Ejército del Centro, etc.

Juárez reunió inmediatamente su consejo de Ministros y, como resultado de lo acordado allí, escribió de su puño y letra el mismo día 29, diciendo á Comonfort:—«Después de meditar mucho sobre la carta del Sr. Ortega y conferenciar con el Gabinete, se ha acordado que á todo trance se auxilie la Plaza con víveres y municiones y con la violencia posible, y sólo en el caso en que no puedan introducirse esos víveres, se procure también á todo trance proteger la evacuación de la Plaza, salvando todos los elementos que se pueda; pero si ni aun esto es posible, entonces, para conseguirlo, deben unirse los dos Ejércitos para dar una batalla, en cuyo caso, y

aquí necesito de tu patriotismo y abnegación, tendrá el mando el Sr. General González Ortega, siendo tú el 2º en jefe en la batalla.» (Genaro García, carta autógrafa que obra en su poder).

Comonfort no pudo introducir los víveres y municiones, aunque hizo todo lo posible para lograrlo; la Plaza no pudo ser evacuada, porque en virtud de las promesas de Comonfort, desistió de ello González Ortega, ni tampoco se pudo dar la gran batalla en combinación, porque la primera división del Ejército del Centro fué derrotada el 8 de Mayo, en San Lorenzo, teniendo que retirarse todo el Ejército hasta Santa Inés.

Ese Ejército del Centro no era despreciable, como algunos lo asientan. Lo prueba el combate de San Pablo del Monte, en el que el general Tomás O'Horán puso en fuga á 2,000 franceses; el combate de la Barranca Honda en que los generales Aureliano Rivera, Rómulo Cuéllar y Miguel Echeagaray desalojaron al enemigo, haciéndole prisioneros y quitándole muchas armas. El enemigo se replegó hasta las faldas del Cerro de la Cruz, donde en número de 9,000 hombres continuó el combate, hasta que un huracán, que sopló á las cinco de la tarde, le puso fin.

Ese mismo Ejército, después de la derrota de la 1ª División en San Lorenzo (en la que 2,000 hombres sostuvieron durante hora y media el empuje de 12,000), contuvo el avance de los franceses con la 2ª División, á la que después se unió la 3ª.

Sin embargo, Comonfort no cumplió con su deber, ni se mostró á la altura de su gran reputación militar. No me meto á calificar los móviles, que en realidad ignoro; me limito á considerar el hecho y sus deplorables consecuencias.

El resultado fué que Puebla de Zaragoza, después de haber rechazado victoriosamente todos los asaltos de los formidables franceses; que sólo abandonó las posiciones cuando estaban en ruinas; que defendió manzana por manzana y casa por casa; sucumbió por falta de municiones de boca con que alimentar á sus soldados, y de municiones de guerra con que repeler nuevos asaltos. Y esto lo hizo después de un sitio de *sesenta y dos días*, sucumbiendo, no á sus enemigos, sino á la falta de recursos de todo género, como quedó probado.

Eso realizó el Ejército mexicano, á quien alguien, nacido en nuestro país, tiene la obcecación de llamar chusmas desmoralizadas, miserables por su disciplina, que tenían ganas de todo, menos de batirse, brillantes por su cobardía, que les atemorizaba en grado extraordinario el combate á la arma blanca, y que á causa de esto recibían por la espalda las cargas á la bayoneta . . . ¿Y cuando el coronel Escobedo rechazó á los franceses el 25 de Abril, en Puebla, á punta de bayoneta? ¿Y cuando Auza y González Cosío, á punta de bayoneta barrieron á los franceses en Santa Inés? Ignora, quien eso dijo, que las avanzadas de Zacatecas rechazaron con las bayonetas á las de los franceses, en Santiago; las de Morelia hicieron lo mismo en San Matías; las fuerzas de Durango á las que estaban en Agua Azul, todo dentro de Puebla; ignora lo del ataque y defensa de San Javier, el 26 de Marzo; el combate cuerpo á cuerpo en el cuartel de San Marcos, el 2 de Abril, y que otro tanto pasó en San Agustín, y en la manzana comprendida entre Miradores é Iglesias, el día 6, y en la Garita del Pulque, el día 8, y en otros cien combates parciales, en los que, no los mexicanos, sino los franceses, recibieron por la espalda la carga de las bayonetas esgrimidas por nuestros indígenas. A la bayoneta barrió Aureliano Rivera al enemigo en Barranca Honda, y á punta de espada se abrió camino O'Horán con sus chinacos por entre los zuavos, en el arroyo de Tenejaque, para cubrir la retirada de la 1ª División del Ejército del Centro.

Cayó Puebla de Zaragoza el 17 de Mayo de 1863; pero cayó sin capitular, sin ser humillado su Ejército, y ese acto ha quedado como ejemplo glorioso en la Historia universal.

Ante ese acto, dijo el *Times* de Londres, que «los mexicanos han dado pruebas de una obstinación que muestra cuán dignos son de conservar su independencia y su nacionalidad.»

Le Temps, de París, opinó que al destruir el General González Ortega, hasta donde le fué posible, y en virtud de una de esas resoluciones desesperadas que sugiere á las almas enérgicas el patriotismo en la última extremidad, las armas, el material y los recursos que iba á perder, consumó uno de esos actos cuyo recuerdo guarda la Historia asombrada.»

La Iberia, de Madrid, pregonó que cada fuerte tomado

señala una heroica defensa, y que cada casa y cada calle ocupada son una muestra de que los mexicanos no se han olvidado de que son españoles; y habla de la heroicidad, el civismo y la abnegación de que han dado pruebas. Por este estilo han sido las observaciones de los demás diarios, conviniendo todos en el relevante mérito de la conducta observada por el Ejército mexicano. (Revista histórica sobre la Intervención Francesa, por José M. Iglesias, Tom. II, pág. 68.)

¡Lástima que no todos los mexicanos opinen como esos extranjeros!

Forey remitió á González Ortega el siguiente documento para que lo firmaran él y los generales y jefes mexicanos:

«Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos, bajo nuestra palabra de honor, á no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, á no mezclarnos en nada por escrito ó por actos en los hechos de la guerra ó de política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra, y á no corresponder con nuestras familias y amigos sin el previo consentimiento de la autoridad francesa.»

Si nuestros soldados hubiesen pertenecido á la misma escuela que los de Napoleón III, habrían firmado el documento, á reserva de decir después lo que Saligny dijo del tratado de la Soledad, que no tenía ni el valor del papel en que estaba escrito. Pero eran más hidalgos y tenían conciencia de lo que vale la palabra de honor, y contestaron con la siguiente protesta:

«Los generales prisioneros que subscriben, pertenecientes al Ejército mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy del cuartel general del ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se lo prohíben también sus convicciones y opiniones particulares.» Esa protesta fué firmada por todos los generales, con excepción de González de Mendoza, quien lo hizo por separado y en los mismos términos, y por unos 1,400 jefes y oficiales.

El vencedor se portó como debía. Forey era digno compañero de Saligny y de toda la horda napoleónica.

Los prisioneros, en gran número, se fugaron de Puebla y del camino que se les obligó á hacer á pie, rumbo á Veracruz, y se presentaron al Gobierno. El 21 se fugaron Porfirio Díaz, Berriozábal, Caamaño y Antillón. De Orizaba se fugaron 868, entre ellos González Ortega, de La Llave, Alejandro García, Hinojosa, Alatorre, Escobedo, Patoni, Auza, Naranjo, Pedro Martínez y Sánchez Román. Los demás fueron deportados á Francia.

El día 19 de Mayo hizo Forey su entrada solemne en Puebla á la cabeza del ejército franco-traidor. Se dirigió á la catedral donde el clero, con el mayor entusiasmo lo recibió, cantando un *Te Deum*. Esto causó profunda indignación entre los verdaderos mexicanos; yo lo encuentro lógico, dado el carácter de aquel clero corrompido y antinacional.

Entretanto, y á todo evento, el Gobierno había activado la fortificación de la Capital.

El 29 de Abril abrió el Congreso el segundo periodo de sus sesiones ordinarias. En el discurso inaugural dijo Juárez:

«Venís á desempeñar vuestras funciones en un tiempo de dura prueba. . . . El inicuo invasor de la Patria reconocerá más y más, á despecho suyo, que nada puede contra nuestras instituciones, como nada puede contra el indomable brío de nuestros soldados.

«Después que cerrasteis el último período de vuestras sesiones, la guerra contra tropas de Napoleón III ha encendiéndose con más fuerza que nunca: el orgullo de nuestros enemigos ha sido mil veces quebrantado en Puebla de Zaragoza, donde nuestros soldados han hecho verdaderos prodigios de valor y disciplina. También fuera de la Plaza que asedian los franceses, han pasado encuentros muy honrosos para nuestras armas. Lleno de noble y gratísima satisfacción, publico en esta ocasión solemne la gloria de que están colmándose nuestros ciudadanos armados, combatiendo, como buenos, por lo que hay de más sagrado entre los hombres.

«Para llenar el primero de mis deberes, para satisfacer la más viva de mis aspiraciones, para cumplir la más sagrada de mis promesas, he procurado leal y asiduamente la creación y desarrollo de nuestros elementos de defensa, y gracias á esta Nación magnánima que tan grandemente ha secunda-

do la política del Gobierno, nuestra actitud es más imponente cada día, y en las peores circunstancias hacendarias que hayamos tenido nunca, podemos afrontar una guerra terrible y sin auxilio extraño. . . .

«El mundo entero aclamará nuestra honra, porque de verdad, no es pequeño un pueblo que dividido y trabajado por largas y desastrosas guerras civiles, halla en sí mismo bastante virilidad para combatir dignamente contra el monarca más poderoso de la tierra: un pueblo que en esta situación de gravedad mantiene incólume su derecho público, hace brillar la sabiduría en sus consejos, da pruebas insignes de magnanimidad, y no consiente más ventaja á sus enemigos, que la de sus iniquidades, en las que no quiere parecersele, porque sabe muy bien que en el siglo en que vivimos, ese camino es de deshonor y perdición, y que sólo hay gloria para aquellas naciones que, como México, defienden el derecho y la justicia.»

Uno de los principales actos de ese Congreso fué prorrogar al Ejecutivo la suma de facultades extraordinarias que le tenía otorgada.

El 20 de Mayo expidió Juárez un manifiesto á la Nación, hablando con su lealtad acostumbrada:

«Mexicanos, decía, *la Nación acaba de sufrir un fuerte desastre*. Puebla de Zaragoza, inmortalizada por hazañas altísimas y numerosas, acaba de sucumbir, *no por el arrojado de los franceses*, que nuestros soldados estaban habituados á repeler, sino por causas que el Gobierno debe considerar incontrastables para la heroicidad misma. . . .

«Pero la ocupación de Zaragoza, que no pudo ser tomada en ninguno de los repetidos asaltos del enemigo, ni por los medios más formidables de la guerra, en nada rebaja ni mancilla la gloria de nuestros guerreros denodados, que han sabido levantar el nombre de México á pesar de sus orgullosos invasores. Menguada y sin lustre ha sido la fortuna de éstos, que llevaron siempre la peor parte en las embravecidas luchas de que fué teatro Zaragoza.

«¡Mexicanos! Esta calamidad no puede absolutamente desanimarnos en la sagrada empresa que habéis acometido. Probad á los franceses, probad á todas las naciones atentas á

vuestros hechos, en esta ruda situación, *que la adversidad no es una causa suficiente para que desmayen los republicanos esforzados que defienden su causa y su derecho.*

«Nuestro país es vasto y encierra innumerables elementos de guerra, que aprovecharemos contra el ejército invasor. No solamente la Capital de la República se defenderá hasta la última extremidad, con todos los elementos de que podemos disponer, sino que se hará con igual vigor la defensa de todos nuestros hogares. *El Gobierno nacional promoverá ahincadamente por todas partes la resistencia y el ataque á los franceses,* y no oirá de ellos ninguna proposición de paz que ofenda la independencia, la soberanía plena, la libertad y el honor de la República y sus gloriosos antecedentes en esta guerra.»

Pero contra lo que se dijo en este manifiesto, se resolvió más tarde abandonar la Capital, por juzgar que así convenía á la defensa nacional, y porque, en realidad, los elementos con que se contaban no eran suficientes para defenderla con buen éxito. En tal virtud, se publicó en 29 de Mayo un decreto anunciando que los Poderes de la Unión se trasladaban á San Luis Potosí. El día 31, á las tres de la tarde, clausuró el Congreso sus sesiones, conforme á la prescripción constitucional. Con tal motivo, dijo Juárez á la Cámara, entre otras cosas:

«Los acontecimientos que acaban de pasar en Puebla de Zaragoza, han llenado de noble orgullo á los mexicanos y exaltado su decisión para repeler á los invasores de la Patria, que arrojaron ya la máscara del dolo para mostrar á la faz del mundo su impudencia. La defensa de Zaragoza y el glorioso desastre con que terminó aquel drama verdaderamente sublime; una lucha en la que los franceses fueron tantas veces humillados; desenlace imposible para su decantada bravura, y sólo impuesto por la más ruda extremidad y por la noble resolución de no rendir nuestras armas y nuestras banderas, son prodigios que publican la grandeza de este pueblo; son ejemplos que por cierto no serán estériles entre los mexicanos. . . .

«*La adversidad, ciudadanos diputados, no desalienta mas que á los pueblos despreciables; la nuestra está enno-*

blecida por grandes hechos, y dista mucho de habernos arrebatado los inmensos obstáculos materiales y morales que opondrá el país contra sus injustos invasores.»

El Sr. Don Juan García Brito presenció los acontecimientos de ese memorable día 31 de Mayo. He aquí cómo describe la salida de Juárez de la Capital:

«Ciego obediente Juárez de la Constitución política de la República, no quiso determinar la marcha sino después de cumplir el precepto de clausurar, el 31 de Mayo, las sesiones del Congreso.

«Las tres de la tarde eran, cuando el estruendo de los cañones anunciaron á la Capital que el Poder Legislativo de los Estados Unidos Mexicanos daba punto á sus trabajos.

«¡Jamás fué tan solemne este acto!

«La plaza mayor es amplísima, y la llenaba la multitud, esa multitud impertérrita que verifica todas las conquistas.

«Juárez hizo más todavía. Esperó, para mandar que se arriara la Enseña de la Patria enarbolada en el Palacio Nacional, á que sonaran las seis de la tarde, á que el sol se hundiera en el ocaso. Era la hora señalada para efectuarlo y no debía anticiparse.

«Todo cabía en el carácter inflexible de Juárez.

«Volvió á oírse el estallido de la artillería.

«¡Nuestro pabellón descendía lentamente del asta!

«El pueblo todo se descubrió. Las mujeres derramaron lágrimas, elevaron en brazos á sus pequeños hijos para que, viendo á Juárez, recibieran los alientos de su patriotismo y de su fe; para que reflejaran en sus inocentes miradas los colores de nuestra grandiosa bandera, que saludaban el redoblar de los tambores, las armas de los soldados presentadas en señal de profundo respeto y las músicas de los batallones recorriendo las notas del Himno Nacional.

«Juárez en pie, descubierta la cabeza, rodeándole sus Secretarios de Estado; el General en Jefe del Ejército Juan José de la Garza; los militares de la más encumbrada jerarquía y el Presidente del Ayuntamiento de México, Agustín del Río, única autoridad legítima que debía quedar en la Capital para mantener el orden; Juárez, repito, esperó á recibir de las manos de un Oficial superior la bandera que hacía pocos instan-

tes tremolaba en las alturas del Palacio Nacional: la llevó á sus labios, y en voz alta, llena, sonora, dijo:

«¡¡Viva México!!»

«Más de diez mil voces, formando una sola y prepotente voz, respondieron:—¡¡Viva!!» (*La Democracia*, Julio 18 de 1901.)

Y la comitiva partió.

El Conde de Keratry (obra citada) hace la siguiente justísima reflexión: «Lo que debía ante todo llamar la atención de un general observador, es que Juárez no había sido arrojado por la población de la Capital. El jefe del Estado cedía la Plaza á la fuerza, pero sin compromiso. *En su retirada llevaba consigo el poder republicano, pero no lo dejaba caer de sus manos.* Estaba encorvado, pero no abdicaba: TENÍA LA OBSTINACIÓN DEL DERECHO. Ese fué, durante cinco años, el secreto de la fuerza de inercia ó de la resistencia del viejo indio, al retirarse de pueblo á pueblo, sin hallar jamás á su paso un traidor ó un asesino.»

Sólo tengo que rectificar dos especies en ese párrafo: la fuerza de Juárez no fué la erróneamente llamada en mecánica fuerza de inercia, sino una fuerza activa, completamente dinámica, *puesto que comunicaba movimiento*; y Juárez no era entonces un viejo, pues contaba solo 57 años de edad, y estaba en la plenitud de sus energías físicas y psíquicas.

El día 7 de Junio entró Bazaine en la Capital, á la cabeza de la vanguardia francesa.—Forey, ese bombástico charlatán, expidió una orden el día el 8, diciendo á sus soldados:

«Nuestras águilas victoriosas van á entrar en la capital del antiguo imperio de Moctezuma y de Guatimotzin; pero en vez de destruir como Cortés, váis á edificar; en lugar de reducir á un pueblo á la esclavitud, váis á libertarle. No venís del mundo antiguo atraídos por el cebo del oro para subyugar á este pueblo inofensivo.»

Arrangoiz (obra citada) presenta esta reflexión:—«En el curso de esta obra verá el lector qué método tenían los generales franceses de *edificar* y de dar libertad á ese pueblo que le parecía *inofensivo* á Forey, aun después del 5 de Mayo de 1862 y del sitio de Puebla.»

Y el Sr. Vigil (México á través de los siglos) lanza este sarcasmo:—«Varios escritores han censurado la ignorancia

que de la historia de México revela ese pasaje; nosotros observaremos que no necesitaba el general en jefe haber estudiado nuestra historia antigua para desempeñar la misión que le había encomendado el emperador Luis Napoleón, quien no parecía muy perito en la historia moderna.»

El día 10 hizo su entrada en la Capital el ejército franco-traidor. El tigre de Tacubaya iba á la cabeza, con sus tropas de iscarotes. Forey llevaba á su derecha á Almonte y á su izquierda á Saligny.

Aquella era la *trimurti* de la infamia, aclamada por la ignominia que le salió al encuentro, que la llevó en triunfo al templo para cantar allí un *Te Deum*, el que fué una blasfemia ante Dios, un escarnio para la patria. En esas manifestaciones repugnantes no tomó parte el pueblo, el verdadero pueblo, sino la plebe anónima, esa que no tiene Patria, Dios ni ley, y la plebe plutócrata, esa que tampoco tiene ley, patria ni Dios, pues confunde todos los países en Roma, todos sus ideales en la tiranía, todo su culto en un fanatismo ciego, estúpido y criminal.

Napoleón III carecía del ingenio militar, del valor y de las demás grandes dotes que distinguieron á Napoleón I; pero en cambio tenía su perfidia, la felonía y la traición que concurren en el gran capitán del siglo XIX. Y así como un repúblico como Juárez todo lo purifica y ennoblece, un tirano como Napoleón III todo lo corrompe y envilece, y puede decirse que el segundo Imperio francés estaba corrompido hasta los huesos. Allí está la prostituida familia imperial para probarlo; allí están los Thouvenel, los Billault, los Rouher, Morny, Drouyn de Lhuys, etc.; aquí estuvieron los Gabriac y los Saligny y los Julien de la Gravière, para darnos la medida de la diplomacia imperial; los Forey, los Bazaine, los Duay, los Dupin, los Billault, los Marechal, los Castagny, Berthelin, De Potier, y muchos otros coroneles y generales, horror de la humanidad y vergüenza de la Francia, hombres que aquí cometieron toda clase de crímenes, y que en Francia, á la hora del castigo, cuando á su vez fué invadida por el enemigo extranjero, ni supieron mantener el pabellón nacional y sacarlo ileso, como Juárez; ni vencer como Zaragoza; ni resistir gloriosamente, como González Ortega; hacer una estupenda campaña, yendo de triunfo en

triunfo, como Porfirio Díaz; ni decapitar á la traición, como Escobedo; sino que fueron los vergonzos rendidos de Sedán, y los criminales capituladores de Metz; los que convirtieron á la gloriosa, á la épica, á la sublime Francia en una nación sin fe, sin aliento, pisoteada por el bridón alemán que montaba Moltke, y desgarrada por la pluma con que Bismark la obligó á firmar una paz sin ejemplo, después de una serie de derrotas sin precedentes. Y fué necesario que barriese el pueblo francés á todos esos hombres y maldijese todos esos nombres, que la regenerasen los Thiers, los Fabre, los Gambetta, los Victor Hugo, y toda esa pléyade que surgió después del 4 de Septiembre, para que volviese en sí, para que se purificase por medio de la República y volviese á ocupar su puesto envidiable á la cabeza de los pueblos libres y cultos.

La tiranía es la podredumbre del espíritu humano, y todo hombre de conciencia que maneja una pluma ó tiene el derecho de hablar desde lo alto de una tribuna, debe maldecirla ante el pueblo, y enseñar á ese pueblo la sublime religión del odio á la tiranía, sin miedo á las consecuencias, so pena de hacerse cómplice del tirano.

Un repúblico como Juárez lleva á su pueblo hasta el Cerro de las Campanas para enseñarle cómo se castiga la invasión extranjera y la traición, y se reivindicán los derechos de la Patria; un tirano como Napoleón arrastra su pueblo hasta Sedán, para enseñarle cómo se humilla la enseña sagrada de la Patria bajo los cascos del invasor extranjero.

Con la entrada del ejército franco-traidor en la Capital debió concluir la guerra, según la práctica europea; con esa entrada comenzó verdaderamente la guerra, según el patriotismo mexicano.

Tenía que cumplirse, como se cumplió, la profecía hecha por Don Alfredo Chavero en un brillante artículo que publicó, dando cuenta de la visita que hizo Juárez á Puebla, para condecorar á los héroes del 5 de Mayo, y que cerró con estas palabras, que el tiempo y los acontecimientos se encargarán de justificar:

«¿Cuál es el porvenir de nuestra Patria? Lo podemos decir: EL TRIUNFO DE LOS DIOS, Ó LA TUMBA DE LOS HEROES.»

Fué el primer término de la disyuntiva.

CAPITULO XIII

El Imperio.—Se establece el Gobierno en San Luis Potosí.—La Junta de Notables de México establece el Imperio.—Movimientos del ejército franco-traidor.—Juárez se retira al Saltillo.—La traición de Vidaurri.—Se establece el Gobierno en Monterrey.—Juárez es desalojado de esa Plaza y se dirige á Chihuahua.

Juárez se dirigió á Querétaro, donde permaneció sólo un día, y de allí se dirigió á San Luis Potosí, deteniéndose en Dolores.

El Gobierno no quiso que fuese estéril su paso por aquel santuario de la Patria. Visitó la casa en que vino al mundo una nación nueva; recogió los datos tradicionales del génesis de nuestra Historia. A dos compañeros del héroe, asociados á su empresa desde la memorable madrugada del 16 de Septiembre de 1810, les concedió recompensas que la modestia de ambos no les había permitido alcanzar anteriormente. El C. Pedro García fué nombrado general de brigada, ciñéndole el Ministro de la Guerra la faja que había usado en la batalla del 5 de Mayo y en el sitio de Puebla. Al C. Luis Antonio Portillo se le expidió despacho de capitán de ejército, nombrándosele además conserje de la casa de Hidalgo, la cual se decretó que sea cuidadosamente conservada, á cuyo fin ha de quedar circundada con una verja de hierro, sin permitirse que nadie la habite, y procurando en cuanto sea posible se mantenga en su estado actual para que no pierda su carácter de monumento histórico. La villa quedó erigida en ciudad, mandándose que en su plaza principal se levante una columna, sobre la que se colocará la estatua de Hidalgo.—